El Popocatepetl y el Ixtacihuatl, según la leyenda

Solgluna

—

I

SOBERANAMENTE espléndido baja el sol hacia el ocaso, y ya su gran silueta roja de oro en fusión, va cortando las crestas de las montañas occidentales de las sierras, cubriendo el valle bajo una inmensa atmósfera de intensas fulguraciones metálicas en un vivísimo florecimiento de luz... La tarde iba recostándose lentamente en el lecho almenado de los montes lejanos y por el ambiente luminoso corrían ráfagas de claridades violáceas envolviendo la ciudad imperial con un manto digno de la opulencia de sus mil alcázares. Y por el cielo manchado con nubes de fuego y carmín, cobre, acero y azulamientos de pavón finísimo, pasaban las flechas radiosas de la aurora vespertina,

formando la diadema fúlgida de los volcanes de Oriente...

¡Gloria póstuma de la majestad de los ciclopes!

¡Ostentaban corona de fuego aureo y de oro fulmineo el *Popocatepetl* y el *Ixtlacihuatl*.—¡Y era soberanamente bello y lujoso aquel crepúsculo!

II

Y aquel crepúsculo soberano y espléndido con toda la gloria del oro, del fuego, de la luz y de los himnos que á la naturaleza arrancaba, era el dosel de la gran *Tenoxtitlán*, la ciudad Imperial, entonces dominadora de reinos vastos y de millares de señoríos.

Hacía tiempo que los ejércitos acababan de llegar de lejanas regiones, cargados con los despojos de los pueblos vencidos, fustigando millares de prisioneros, cuya sangre había empapado diariamente la *Piedra de los Sacrificios* en el *Teocalli* de *Huitzilopochtli*...

Imperaba *Moctezuma*, el rey taciturno, el de los ojos tristes y sombríos, el de la frente velada por nublazones de tedio; el monarca de los fantásticos sueños, terror de su corte, Satán de su pueblo!

III

—¡Arden, arden; se incendian, parecen formados por *licor de oro*, parece que el *Gran Tlaque Nahuaque* los besa para que sean maravillosos... y eso para que yo los mire, para que yo me deleite mirándolos!—gritó el emperador, en transporte de orgullo, al ver hacia el Oriente del Valle la apoteósis de los dos volcanes á los últimos rayos del sol.

¡Hallábase el rey azteca en la terraza más alta de su palacio favorito, solitario y absorto en la contemplación melancólica de los radiosos horizontes con que la naturaleza

le brindaba desvaneciendo el regio hastío de sus horas muertas!

¡Y bien lo necesitaba el pobre emperador! Hacía tiempo que sufría hondas nostalgias, y también resonaban aún en sus oídos en cruelísimas noches de pesadillas, las funestas profecías de los ancianos sacerdotes que le habian hablado de tremendos cataclismos, que deberían transformar para siempre la faz de su imperio, del que sus hijos, desdichados príncipes desterrados, arrebatados de su gloria y prestigio, quienes habían de contemplar sus dioses también arrojados de sus templos... ¡Oh! sí, mucho tiempo hacía que el infeliz Moctezuma paseábase, siniestro y lúgubre, por la terraza de su palacio favorito; pero al caer el crepúsculo de aquella tarde, sintióse estremecido por súbita llamarada de orgullo, contemplando la lluvia de fuego y oro que sobre los dos gigantes ciclopes inmóviles de Oriente caía en una apoteosis de soberana grandeza...

IV

Algunas horas habían transcurrido. Ya la noche—una divina, serena, plácida noche de cristal, purísima, diáfana, cual de plata fina y reluciente—caía tranquila, apacible, infinita, sobre la gran *Tenochtitlán*...

Reverberaban á sus rayos argentinos todas las resplandecientes blancuras de los palacios; las torres de los *teocallis* se alzaban en el terciopelo azul obscuro de los cielos...

Y el redondo disco de la luna, pálido y triste, era un resplandor mágico prendido ante las majestades lejanas del *Popocatepetl* y el *Ixtacihualt*.

¡Ya no eran oro en fusión sus cabezas de inmóviles gigantes; eran luz blanquísima refulgiendo en los espacios azules!

...Y aún más taciturno, más sombrío, Moctezuma los contemplaba...

—¡Están helados, están muertos, son de nieve y plata...

Sus coronas son inmensas perlas blancas irisadas de azul, emblema de las tranquilidades frías de la tumba, de la claridad eternamente glacial de la muerte!... ¿Por qué no se levantan y vienen á mí, á mí que soy el dueño de los destinos de cien naciones?... ¡Oh, volcanes emperadores de las sierras, venid!

V

Infinito silencio caía sobre la gran ciudad imperial; el palacio del emperador también hallábase envuelto en la grave paz de la noche... y tan solo de las obscuras lejanías del valle,—trémulos y melancólicos,—llegaban ecos vagos, y tristísimos como suspiros estremeciendo las brisas frías bajo la claridad dulce y blanca de la luna...

—¡Que venga el viejo *Paraüjoo!*—clama el emperador.

Los guardias que á lo lejos, á la sombra de los muros altos de la terraza velaban al monarca, lanzaron en el gran silencio la orden. Los gritos fueron repercutiéndose en las profundidades del palacio...

VI

Noble anciano, sumo sacerdote—*Atalaya del Universo*, prisionero traido de la inmensa ciudad santa de *Mitla*—tembloroso por la verdad, llega ante *Moctezuma* el taciturno, mirándole con soberbia y magestuosa fijeza, que hace bajar los ojos del orgulloso rey mexicano.

—Dime, anciano, que descubres tras las frentes de los hombres sus pensamientos, tras los viejos árboles la historia de las naciones, tras las montañas la vida antigua de la tierra y tras las estrellas lo desconocido de la eternidad, dime, sacerdote *zapoteca*, ¿por qué esos inmóviles gigantes aún no se levantan, y por qué en la mañana se visten de obscuro, se diafanizan al mediodía, dóranse al crepúsculo y en las noches negras son temibles fantasmas, y corónan-

se de plata nivea en las apacibles noches de luna?... ¿Qué hacen allí tan bellos, terribles y eternos?... ¿Qué fueron?... Cuenta, cuéntame su historia, sabio sacerdote... Y volverás á *Mitla* cargado de ofrendas para tu gran *Palacio-Templo-Sepulcro*.

VII

Así respondió el anciano sacerdote,

—«Oye: Cien mil veces el sol ha derramado su gloriosa luz sobre el mundo desde que fué el primer día... *Tlaque Nahuaque*—«Alma de la Vida Universal»—hizo el primer hombre para poblar el jardín de las eternas flores, la huerta de los perpetuos frutos... Mas como el hombre estaba solo, le dió una mujer blanca, hecha de luz de luna y nieve fundida, pero sólida.,. para él que era todo fuerza, razón, majestad, ¡sol!... Ella era ternura, delicadeza, melancolía, dulzura, es decir: ¡luna!

Se amaron...

¡Ambos eran felices!... El *gran Huerto de la Vida* era su palacio... eran libres, se amaban... Mas he aquí que no debían anhelar descubrir el más allá, no debían ambicionar más goces que los que la vida de su jardín les brindaba, ni debían extender sus paseos fuera del misterioso y perfumado jardín. Ni debían tampoco buscar más placeres que los de la vida...

...Y sucedió que un día, èl, todo fuerza, voluntad y orgullo, miró tan hermosa á ella toda delicadeza, dulzura y obediencia, sucedió que él, todo *sol, poder*, quiso ir á nuevas regiones con ella á toda *luna obediencia*...

¡Se amaron!... Mas ¡ay! el orgullo los perdió... Debieron sujetarse á su destino para ser felices ¡y se perdieron!

Una tempestad de rayos, cataratas y sombras los hicieron huir del *Jardín de la Paz*... y empezaron á caminar por el mundo, los dos sollozantes y tristes, avergonzados, sembrando por doquier la tierra con sus hijos, los que apenas nacían se dispersaban para vivir entre las cavernas, odiándose los unos á los otros; y ya grandes, se declaraban la guerra y se exterminaban en cruentas batallas... Y el *Hombre Sol* iba caminando siempre en pos de la *Mujer-Luna*, buscando un valle ameno para reposar eternamente, amándose siempre, aún en su mismo sepulcro.

Y caminaban atravesando los desiertos... El á veces, en las lúgubres noches profundísimas, cuando las tinieblas caían muy densas del cielo, se inclinaba á la tierra para arrancar algún bosque espeso; lo encendía con dos montañas que hacía chocar, y producían chispa enorme y así iban alumbrando su camino... Otras veces, ella, blanca, diáfana, incorpórea, levantaba su frente hacia la altura y la luna le enviaba por compasión, algún rayo de plata que se reflejaba en sus cabellos, y por aquel rayo iluminados, seguían su marcha por la tierra, siglos y siglos «por las inmensas soledades del mundo.»

VIII

—¡Horroroso castigo!—exclamó el emperador *Moctezuma* consternado, temblando todo su cuerpo. El anciano sacerdote continuó irguiéndose ante la amilanada figura del monarca *mexica*:

—«Hasta que por fin sucedió que un día llegaron al más hermoso valle que habían visto:... Y era *el valle de la muerte, de la desolación, del fuego*... y también *de la vida, el rejuvenecimiento y la luz. Valle de la Primavera y del Invierno*... porque en un tiempo el fuego súbito de las cóleras de las montañas lo formó... pero después en la gran ánfora calcinada y roja... cayeros cristalinas aguas que refrescaron el horror del fuego... y hubo fuentes, flores, amor, en torno de las murallas graníticas refrescadas y engalanadas primaveralmente.

El Hombre-Sol dijo:—Aquí descansaremos.

Y agregó la *Mujer-Luna*.—Esta será mi tumba, porque

dentro de ese valle crecerán nuestros hijos y los protejeremos... y nuestras tumbas eternas les harán pensar para ver el porvenir y para que, previendo, obren bien y no padezcan y no se hundan en la noche del infortunio como nosotros...

—¡Oh!... ¡amada mía!—clamó él.

—Estoy fatigada; déjame descansar, vela mi sueño—respondió la blanca mujer, recostándose, desnuda y bellísima, sobre el inmenso lecho, trono de alta montaña...

Y él, solícito, erguido, permaneció ante su amada durmiente... Y cuando el sol surgió tras ellos, su beso divino los engrandeció, petrificándolos, para todos los siglos... Y, ejemplo de sus hijos, los hijos del Valle de México, emperadores y esclavos ¡para que obren después de columbrar el porvenir!

¡La naturaleza es el agua, el fuego, la vida, la muerte... Y es ella la hija vengadora de *Tloque Nahuaque!*

—¡Oyelo, Emperador! ¡Ay de tí!

—Prevee, medita, obra...

El enorme silencio de la noche cayó luego á la luz blanquísima de la luna sobre la terraza del palacio. A lo lejos del Popocatepetl y el Ixtacihuatl irradiaban sus testas de nieve blanquísima en la tenebrosidad azul de los horizontes...

IX

Y dijo el rey á sus guardias:

—¡Dejad morir de hambre al viejo *zapoteca!*

Una selva de llamas envolvió la gran pirámide

Las dos pirámides

I

¿Qué espanto hace lanzar su clamor siniestro á los reinos y señoríos que se extienden en torno de los lagos, en el fondo del inmenso Valle del *Anáhuac*!

Los *tecuhtli* más audaces, los más legítimos descendientes de las grandiosas tribus que llegaran, unas tras otras, peregrinando, de los misteriosos paises del Norte, están sombríos, y sus sacerdotes, que siguen los sencillos ritos de la antigua raza *nahoa*, murmuran plegarias melancólicas al sol y anuncian grandes catástrofes, si es que no se conjuran á las negras aves que cruzan el cielo azul, ó no se aniquilan de pronto las espesas bandadas de colibrís negros y rojos, que en nubes siniestras eclipsan la luz..

¡Qué signos lúgubres aparecen en los horizontes antes tan tranquilos, del inmenso valle resplandeciente con sus

radiosos lagos; qué espectros alados, blancos, vestidos con medrosos rayos de luna, pueblan en las noches la espesura susurrante y solitaria de las selvas!

Es que ha invadido la fértil región dominada por la nieve y el fuego de los volcanes, la tribu sangrienta, la maldita tribu *azteca*!

Por eso tiemblan los grandes y altaneros *tecuhtli*, los señores de los reinos extendidos en torno de las aguas serenas y propicias de las blancas y azules lagunas...

II

La roja tribu llega miserable, cansada, hambrienta y desnuda; pero tan terrible, que todo á su paso lo avasalla.

Son muy pobres sus guerreros; pero tan bravos que han vencido las legiones que en las sierras en los estrechos desfiladeros trataron de estorbarles el paso.

Son formidables sus *macanas*; aun no limpian la sangre coagulada de los cascos-cabezas de tigre y de los redondos *chimalli* que recibieron las flechas enemigas... Indómita y sanguinaria es la nueva tribu que invade el Valle... y triunfal, aunque pobre, avanza y avanza, llevando en lujosas andas exornadas con brillantes plumas de águilas y colibris, conchas, lentejuelas de oro y pieles de fieras, el ídolo monstruoso y trágico, su rojo *dios Huitzilopochtli*, que los guía confiando sus sacrosantas órdenes á los sacerdotes que conducen al errante pueblo hacia su misterioso y gran destino.

III

La orgullosa tribu azteca llega por fin á Chapultepec una clara noche de luna...

Ah!... hacía ya muchos *ciclos* que los *mexica* no experimentaban semejante alegría... jamás hubo igual aclamación radiante al ocupar una nueva región, como aquella noche en que entraron los guerreros avanzados bajo las

bóvedas murmurantes y frescas de los gigantescos y ya viejos, venerables ahuehuetes, sobre la delicia fría y serena de las aguas tranquilas, cintilando rayos de plata, devolviendo los apacibles y melancólicos de la luna, enviados con solemne tristeza á través de los altos follajes negros de los árboles...

Oh! cuán dulce, encantador y majestuoso era aquel jardín bellísimo, incomparable...

¿Sería ese bosque el fin de su destino, la tierra prometida de los *mexica*, la última etapa de su peregrinación á través de los siglos?

¿Después de los grandes lagos azules donde millares de garzas blancas saltaban de resplandecientes rostros blanquísimos los horizontes lejanos, encontrarían los audaces y altaneros peregrinos la región de las albercas santas bajo el frondaje de los viejos árboles de un bosque?

IV

El anciano Tenoch, Sumo Sacerdote de la tribu errante, habló así aquella memorable noche en que penetraron en la selva al pié del cerro de Chapultepec:

—Nobles y esforzados *mexica*: Vuestro Gran Protector, nuestro Guía á través de los desiertos ó de los pueblos bárbaros enemigos, ha hecho brotar para mí su palabra tronante y luminosa, rayo que es trueno, relámpago que es luz.

Y así me dijo: Que mi tribu no gima ya por sus miserias: quiero asentar en estas hermosas lagunas los reales míos; quiero que bajo las sombras gratas de estos hermosos árboles festejen los faustos sucesos del fin de nuestra peregrinación, y que para conmemorar el nuevo *ciclo* que va á principiar, y para despedir el que fenece, se levanten en lo alto del cerro pirámides de corazones calientes y humeantes aún... ¡Y así los nietos de los guerreros que aporten las víctimas serán poderosos y señores de todo el

Anahuac y de los pueblos y señoríos que no acaten su voluntad!

¡Guerreros *mexica*, ya oís la orden divina.

Tú, noble príncipe *Huitzilihuitl*, que eres nieto del gran rey de T*zompanco*, favorito de nuestro dios, alistarás á los jóvenes más rudos y tenaces en el combatir y al frente de la sagrada hueste, irás á recorrer las cercanías del bosque, en son de guerra, de la santa guerra que necesitamos hacer para conmemorar las fiestas del *fuego nuevo* en la cima del cerro, para alimentar la sacra hoguera de la *pirámide* de los corazones ardientes y humeantes... ¡Huitzilihuitl, eres el caudillo de la tribu *mexica*!

V

Así dijo el Sumo Sacerdote del pueblo azteca aquella noche al pie del montículo de Chapultepec, bañado por los rayos de la luna llena, que se filtraban melancólicamente, por entre el ramaje de los ahuehuetes vestidos con sus largas túnicas de heno...

Y desde esa noche creció el orgullo de la miserable y errante tribu azteca... Sus desgracias en el *Michuacan* (Lugar de los que poseen el pescado) la catástrofe del imperio T*olteca* en la inmensa y magnífica T*ollan*, cuya destrucción los arrojó aún más al Sur y las miles de derrotas y tribulaciones de su existencia de mendigos nómadas y altaneros, que habían ido convirtiéndose en crueles, sanguinarios y bárbaros á fuerza de humillaciones, todo lo habían olvidado para creerse, por fin, los dueños, los únicos señores de la hermosa tierra que en la margen de bellísimos lagos se engalanaban con jardines y bosques deliciosísimos como los paraísos donde se regocijan las *almas-colibríes* de los guerreros, bañándose en la suprema claridad del augusto T*onatiuh*,—el grande, el hermoso y vivificante Sol!

VI

Muy pronto el nuevo caudillo hizo fortificar la meseta del cerro de Chapultepec, cercándola de enormes peñascos; hizo una atrevida expedición á Chalco para traer magueyes, que fueron transplantados bajo el bosque y en las faldas del montículo... Construyéronse flechas, escudos y cascos con los tigrezuelos y águilas que traían de sus cacerías por las sierras que hubieron de atravesar en su paso al Valle.

Huitzilihuitl adoraba á su esposa *Xoxipan* y á ella consultó,—porque era sabia y enérgica como cualquier guerrero—cómo debían engrandecer á la raza *mexica*.

—Por lo que puede extinguirse—le dijo—es por la falta de mujeres; todas mis compañeras están débiles y otras han muerto. Faltan mujeres amorosas, fuertes y abnegadas.

—Las traeremos de los reinos cercanos—contestó el guerrero.

VI

Entretanto, los señores de Atzcapotzalco, Xaltocan y Culhuacán, alarmados más que nunca, formaron una terrible alianza para caer con numerosos ejércitos sobre los advenedizos *mexica*... Y en profundamente obscura noche celebraron un consejo...

Pero fué esa misma noche cuando *Huitzilihuitl* cayó como una bomba sobre Atzcapotzalco incendiando los *Xacalli* de los *tepanecos*, arrancando prisioneros y víveres, en tanto que otros guerreros atacaban por sorpresa los pueblos pe Culhuacán y Xaltocan de donde debían traer, —y llevaron—únicamente mujeres...

VIII

Cuentan los viejos anales de *Cuahutitlán* que en la mañana siguiente, tres mil hombres y mil setecientas mujeres prisioneras se encontraban sobre el cerros de Chapultepec, con gran algazara de las hordas *mexíca*, que no habían tenido una sola víctima...

Entre las mujeres raptadas se hallaba la bellísima *Xochipapalotl*, princesa *chichimeca* prometida á un hijo de *Coxcox*, rey de Atzcapotzalco.

El caudillo *Huitzilihuitl* la amó; pero ella altiva y serena, permaneció muda ante la feroz pasión del guerrero.

No así sus compañeras raptadas, quienes se encantaron con tener por dueños á aquellos bravos y terribles cazadores que á través de siglos continuaban su avance triunfal hacia su soberbio destino de dominación.

IX

A la tremenda fiesta del *fuego nuevo*, al extinguirse el siglo azteca y nacer el nuevo siglo, *Huitzilohuitl* despechado hizo asistir á su ingrata esclava *Xochipapalotl* para que en el alba del primer día mirase arder después del colosal sacrificio de millares de víctimas, sus millares de corazones, en una alta hoguera, colocados en roja y fatídica pirámide!...

—Ah! Príncipe sangriento, has consumado tu obra; tú y tus sacerdotes han determinado ya el destino de tu raza: ¡sangre!... Pues bien, sangre tendrás... Los pueblos sorprendidos se vengarán... ¡Ay de tí!—y ese primer día del nuevo siglo *Xochipapalotl* desapareció, huyendo con un soldado azteca que traicionó á los suyos...

X

Una luna después, se trabó en el viejo bosque una espantosa batalla entre los ejércitos de los indignados reyes de Atzcapotzalco, Culhuacán y Xaltocan. Y la mortandad fué tal, dicen las crónicas de aquellos tiempos en sus geroglíficas pinturas, que hubo peste inaudita por todo el Valle...

Y, golpe por golpe, las mujeres aztecas fueron conducidas esclavas á *Atzcapotzalco* los hombres á *Culhuacán*; á la cabeza el terrible *Huitzilohuit* con su mujer *Xochipan* y sus hijos, amigos y esposas...

Y allá, en un sombrío paraje, Coxcox y *Xochipapalotl*, vieron con alegría de venganza—la más intensa de las alegrías guerreras—vieron cómo una selva de llamas envolvió la gran pirámide de cabezas de caudillos *mexicas*... El vértice, la corona del rojo montón trágico, era el cráneo del caudillo *Huitzilihuitl*, cuyo casco de colibrí siniestro era el lúgubre remate de tan justa hecatombe!